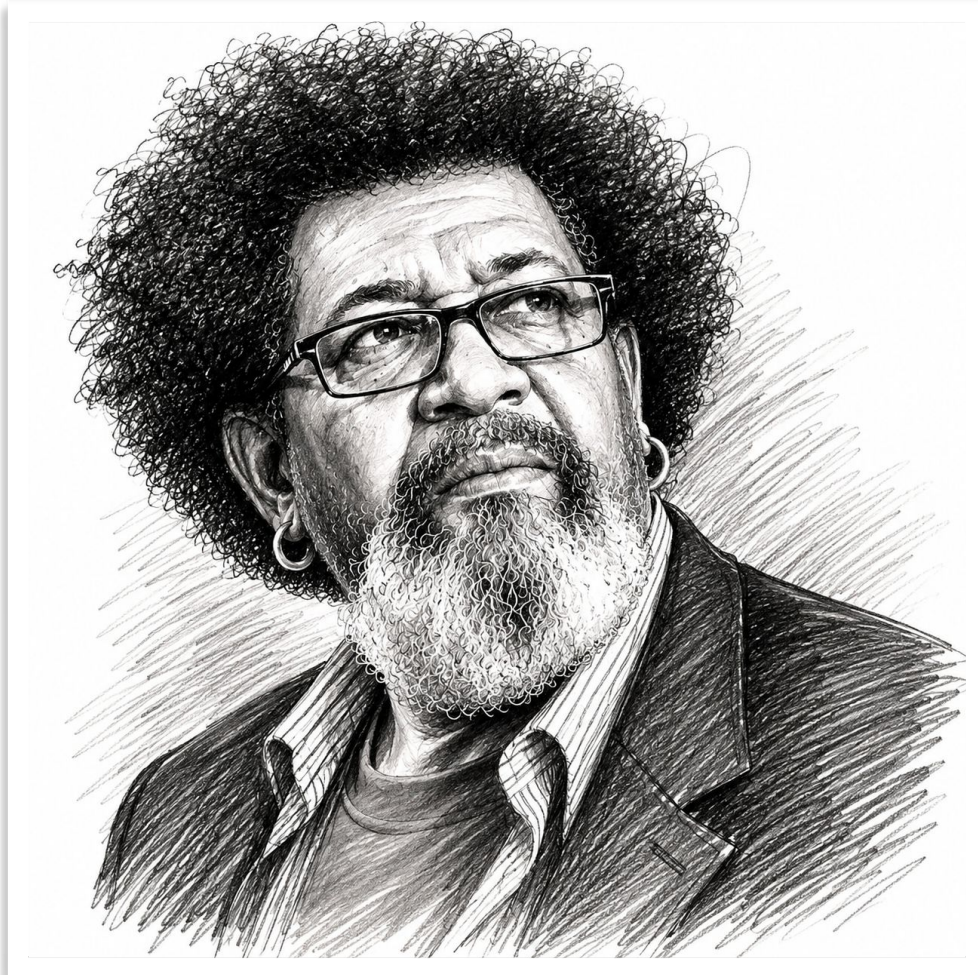


UNA VIDA A PURO TAMBOR

Por Julio César Romero Magliocca

Fundador y Director de Revista Raíces



Hay vidas que parecen escritas de antemano y hay otras que se van construyendo a fuerza de voluntad, golpes, sueños, pérdidas y pequeñas victorias. La de este hombre pertenece a esa segunda categoría. Cuando mira hacia atrás no habla de una vida fácil. Habla, simplemente, de “la pelea de la vida”. Y hasta en esa expresión hay una manera particular de entender la existencia: no desde la queja, sino desde el agradecimiento por haber podido salir adelante.

“La pelea de la vida fue linda. Yo arranqué de cero”, recuerda.

Y aquel cero era realmente cero.

Siete personas viviendo en una pieza. Una madre muy pobre que trabajaba de sirvienta para sostener a la familia. Una infancia donde la ropa nueva no era algo cotidiano y donde hasta los Reyes Magos llegaban con una particular modalidad de pago: “A 20 años, que lo pague Dios”.

Pero la pobreza no fue el único desafío que tuvo que enfrentar.

A los dos años llegó una enfermedad que pudo haber cambiado para siempre el rumbo de aquella vida. La tuberculosis lo llevó al sanatorio Saint Bois, donde pasó largos períodos internado. Era apenas un niño y tuvo que convivir con una realidad demasiado dura para su edad. En las habitaciones cercanas morían personas mayores. Él las veía partir y no comprendía del todo aquello que estaba sucediendo. Solo sabía que se estaba quedando solo.

“Se morían los viejos de las habitaciones de al lado y yo decía: ‘Yo también me quiero ir al cielo’, porque me estaba quedando solo”.

Hay recuerdos de infancia que permanecen para siempre. Algunos se transforman en fotografías



de la memoria; otros quedan guardados en algún lugar más profundo, allí donde el tiempo no consigue borrarlos. Y aquella enfermedad dejó también otra consecuencia: los pulmones dañados.

El sueño estaba en una cancha.

Su verdadero Plan A había sido el fútbol. Como tantos gurises de barrio, soñaba con ser jugador, con ponerse una camiseta, entrar a una cancha y hacer de aquel juego una forma de vida. Pero la tuberculosis le había puesto un límite a ese sueño. La vida, sin embargo, tenía preparado otro camino. Y ese camino estaba lleno de música.

EL DOLOR DE SER NEGRO

Pero si hubo una herida que trascendió la enfermedad y las dificultades económicas, fue la

del racismo. Hablar de los años cincuenta y sesenta es hablar también de una sociedad donde la discriminación racial podía aparecer de manera abierta, cruel y cotidiana. Los bailes tenían lugares y nombres que hoy resultan difíciles de imaginar. Recordaba, por ejemplo, aquellos encuentros en el Hotel del Prado, conocidos como “los bailes de la raza”. Pero fuera de esos espacios la realidad podía ser todavía más dolorosa. Llegar junto a sus amigos a la puerta de un lugar y escuchar que él no podía entrar por ser negro. No había explicación posible. No había argumento que pudiera justificar semejante humillación.

Solo el color de la piel.

Y eso deja marcas.

Quizás por eso, cuando recuerda alguna situación en la que bajó la cabeza ante un desprecio racista para evitar un problema, aparece también el arrepentimiento. Lo reconoce con una honestidad que conmueve. Aquello le quedó como una de las grandes vergüenzas de su vida: no haber reaccionado. Porque el racismo no solamente lastima cuando alguien nos discrimina.

También puede obligarnos, durante algún tiempo, a preguntarnos por qué tuvimos que soportarlo. Y hay heridas que necesitan muchos años para poder ser nombradas.

EL TIEMPO, LAS CULPAS Y EL PERDÓN

Después llega la vejez. Y con ella aparecen las cuentas que todos hacemos alguna vez. El cuerpo comienza a recordar el paso de los años. El colesterol, la hipertensión, las pastillas, los achaques. Dieciséis pastillas por día pueden parecer una pesada estadística, pero él consigue convertirlas en otra cosa:

“Para tener más de 80 años estoy bien”.

Quizás allí esté una de las claves de su manera de mirar la vida. No negar las dificultades. Pero tampoco permitir que ellas tengan la última palabra. Con los años también aparecen las cuentas del corazón. Las diferencias, los desencuentros, las palabras que quedaron atravesadas en el camino. Y entonces llega algo que no todos tienen la grandeza de hacer: pedir perdón.

Al recordar viejos distanciamientos con Jaime Roos, pudo mirar hacia atrás y reconocer sus propios errores.

“Te pido disculpas, Jaime; en esa época era un tarado”.

No hay grandeza en creerse siempre dueño de la razón.

La verdadera grandeza está, quizás, en poder reconocer que alguna vez nos equivocamos.

El tiempo enseña eso.

Enseña que hay discusiones que pierden importancia, que algunas broncas envejecen antes que nosotros y que, cuando la vida comienza a mirarse desde lejos, lo verdaderamente importante termina siendo otra cosa. La familia. La casa. Los hijos. Los nietos.

La posibilidad de haber construido un lugar propio después de haber comenzado desde tan abajo. Y allí aparece uno de sus mayores orgullos.

“Pude tener mi casa, mis hijos, Lucila, Julieta y Matías, que tocan, están sanos. Soy abuelo de dos nietos divinos. Tengo una vida re piola. No le puedo pedir nada más a la vida”.

Tal vez esa sea la definición más hermosa de una vida bien vivida. No tenerlo todo. Sino poder mirar lo que se tiene y sentir que alcanza.

CUANDO LLEGUE LA HORA

Hay personas que hablan de la muerte con miedo. Hay otras que prefieren no hablar de ella. Y hay quienes, después de haber atravesado tantas cosas, consiguen mirarla de frente. Cuando alguna vez le preguntaron cómo imaginaba su último adiós, no dudó:

“Una gran llamada de tambores”.

No podía ser de otra manera. Porque los tambores estuvieron allí donde estuvo la alegría, donde estuvo la música, donde encontró una identidad y una forma de decir quién era. Y aquella imagen de la despedida tiene una relación perfecta con las palabras que dejó en una de sus canciones, Muriendo de plena:

“Cuando yo me muera no quiero llanto ni pena, prefiero que se me vele bailando una rica plena”.

No hay tragedia en esa imagen. Hay vida. Hay ritmo. Hay una manera de decirle al mundo que incluso la despedida puede ser una celebración de haber pasado por aquí. Porque después de la pobreza, de aquella habitación donde vivían siete personas, de la enfermedad, del sanatorio, de los sueños deportivos que quedaron por el camino y de las humillaciones que intentaron ponerle un límite por el color de su piel, llegó la música. Y con la música llegó la posibilidad de transformar el dolor en alegría. De hacer de la herida una canción. De convertir los golpes en ritmo.

EL BALANCE

Al final, cuando una persona se acerca al último capítulo, las cosas comienzan a verse de otra manera. Los éxitos pierden brillo. Los problemas se vuelven pequeños. Las viejas discusiones dejan de tener sentido. Y queda lo esencial. La familia. Los afectos. Los amigos. Las canciones.

La memoria de los lugares recorridos. Las personas que alguna vez bailaron al ritmo de su música. Las que lo escucharon. Las que lo quisieron y también aquellas que, quizás sin saberlo, dejaron alguna huella en su camino. Entonces llega el balance. Y es sencillo.

“Canté lo que quise en cualquier lugar, tuve una buena vida. Me divertí, no tengo de qué quejarme”.

Quizás después de toda una existencia, esa sea una de las mejores formas de medir el éxito. No por la cantidad de cosas acumuladas. No por los reconocimientos. No por los momentos de gloria. Sino por poder llegar al final y decir:

Viví.

Y si alguna vez llega la hora de partir, que sean los tambores los que hablen. Que no haya llanto ni pena. Que haya música. Porque algunas vidas no terminan en silencio. Algunas vidas, después de haber peleado tanto, merecen despedirse a puro tambor.